

EL NIDO DE GORRIONES

El nido de gorriones.

Ancho, huesoso, atlético, con los hombros robustos, las piernas fuertes y el cuerpo encorvado por la edad, era el tío Roque un campesino aragonés que llevaba con energía sus setenta y cinco años y la administración de sus fincas y propiedades, evaluadas por los inteligentes del contorno en ciento cincuenta mil duros; un capital, diariamente vigilado por su dueño, que recorría sus tierras sobre un caballo de mala muerte para inspeccionar y dirigir la siega en Agosto, la vendimia en Septiembre, la siembra en invierno, el esquila del ganado en primavera, la recolección de frutos en otoño, y las múltiples faenas de la agricultura en todo tiempo, sin cuidarse del calor ni del frío, ni del aire, ni de la lluvia; atravesando una atmósfera de fuego cuando el sol abrasaba los campos, y una sábana de hielo, cuando la nieve, cayendo de las nubes, se extendía en forma de mancha monótona desde los más hondos repliegues del valle hasta los más altos picachos de la sierra.

Porque el tío Roque no quería dejar nada á la inspección ajena; la más insignificante semilla pasaba por entre sus dedos antes de caer entre la tierra, aquella tierra suya, completamente suya, á la que amaba con ternuras de abuelo y codicia de amante celoso; tierra de la que no se había separado nunca y de la que parecía hijo, mejor que hijo, producto. A tal extremo se había compenetrado con ella, que era, por su aspecto, parte integrante de ella misma.

Su cuerpo achaparrado, duro, lleno de ángulos y nudosidades, asemejábale á una encina añosa, dotada por un capricho de la Naturaleza de la facultad de trasladarse; su rostro curtido por la intemperie, era del color de la tierra labrada; no parecía sino que un solo arado había hecho los surcos de la una y las arrugas del otro; como crece entre los surcos la cizaña, desigual, revuelta y salpicándolos á trechos, crecía la barba en la cara rugosa del viejo labrador; hasta su cabeza puntiaguda, coronada de cabellos blancos, recordaba los picos inaccesibles que se erguían sobre la montaña, cubiertos de nieves perpetuas. El tío Roque era un pedazo del terruño; las raíces de su vida arrancaban de él.

Ni su dinero, ni sus hijos (cuatro hombretones ya casados), ni sus años, ni sus fatigas, fueron bastantes á inducirle al reposo, á la existencia cómoda, al vivir quieto de un anciano pudiente... Quebrantábase su sa-

lud con el rudo trabajo á que venía entregado desde el amanecer; algunas noches de invierno, una tos seca desgarraba su pecho; no pocos días de verano sintió un ahogo, un principio de asfixia, que le hizo detenerse y buscar apoyo en el tronco de un árbol; aconsejóle el médico multitud de veces que descansase, que renunciara á su labor diaria; pero el tío Roque se encogía de hombros, se burlaba de consejos y de dolencias, y al romper la aurora bebía un vaso de aguardiente, ensillaba su caballo, y al campo, á inspeccionarlo todo, á que trabajasen los braceros, á que produjese la tierra, á que no estropeasen á su querida; la única hembra que había sabido pagarle con usura sus desvelos y su constancia.

¡El reposo! ¡Entregar á manos ajenas el cuidado y conservación de lo suyo! ¡Buena locura!... ¡No ver sus tierras sino á ratos y como un paseante más! ¡Como si aquello fuera posible!... ¡Como si él, acostumbrado á trabajar sus terrones y á dirigirlo todo, pudiera resignarse á vivir inactivo, á convertirse en espectador, á no ver cómo en las mañanas frías de invierno desflora la reja del arado la tierra húmeda y palpitante, para que la mano del sembrador arroje en su seno la simiente fecundadora; á no contemplar bajo los rayos abrasadores del sol de Agosto, cómo el trillo desgrana la quemada espiga y la horquilla la recoge y la pala la aventá para que el trigo caiga convertido en granizo

de oro sobre el ancho montón que cubre la era y se eleva en forma de pirámide; quedarse en casa bajo la sombra perezosa del emparrado, cuando la hoz arranca de la cepa el lozano racimo y el carro lo traslada al lagar y los mozos lo pisotean entonando canciones hasta que, convertido en mosto, lo recogen las cubas y fermenta en ellas y de ellas sale transformado en chorro rojizo que humedece los labios y calienta la sangre; no tomar parte en la recolección de los frutos, en el esquila de sus ovejas, en la labor harinera de sus molidos, en la confección y refinamiento de su aceite!... ¿Era eso lo que querían de él? Pues que no lo esperaran. El haría siempre lo mismo, recorriéndolo todo, visitándolo todo, vigilándolo todo; á caballo, mientras pudiera tenerse firme en la silla; en un carro si no podía andar. ¡Aunque fuese *arrastra!*

¿Quién iba á hacerlo si no lo hacía él? ¿Sus hijos? Tenían que cuidar lo de sus mujeres. ¿Un encargado? Como si dijéramos, un ladrón, un tramposo que no podía querer más que su provecho. Y él sólo, quieto, dejándose robar en sus propias narices. ¡Que no!... ¡En seguida!... ¡Apartarse de sus terrones, no saludarlos á todas horas! ¡Cómo iba á intentarlo, si los quería tanto; si en verano, al irse á acostar, dejaba la ventana abierta para recoger todos los rumores de la noche, y no cerraba en tiempo alguno las maderas para no desperdiciar ningún rayo de sol, ninguno; ni siquiera el

que se bosqueja en el horizonte al amanecer, sin alumbrar casi, como el parpadeo de unos ojos que se despiertan!

El que quisiera verle furioso no tenía más que hablarle de ello.

Muchas veces le habían propuesto sus hijos, cada uno de por sí, y prescindiendo de los otros, irse á vivir con él, ayudarle. Pero el tío Roque se negó siempre. Si hubiesen estado solteros, bueno; con la recua de la mujer y de los chicos, no; el casado casa quiere. Sabía que de favorecer á uno se hubieran enfadado los demás, y bastante se odiaban al pensar en las eventualidades de la herencia futura, para que añadiese él leña al fuego. Ni un hijo ni un administrador. El uno y el otro habían de robarle. El solo se bastaba para su negocio.

*
*
*

Así pasaron años, y el tío Roque se fué poniendo achacoso y débil. Ya no podía montar á caballo; apoyado en su bastón de nudos recorría sus propiedades y presenciaba las faenas del campo, con toda la energía de su espíritu, empeñado en sostener y pasear aquel cuerpo que se tambaleaba sobre la tumba. Pero como sus dolencias le hacían quedarse en casa muchos días; como no lograba inspeccionarlo todo, ni los mozos iban tan derechos, ni las cosechas producían tanto como antes. Como esto era verdad y lo era también

que el tío Roque estaba muy enfermo y el trabajo acababa con él, y su salud tenía necesidad—en opinión de los médicos—de absoluto descanso, resolvieron sus hijos obligarle á cambiar de vida, y fueron á verle una noche y hablaron con él, sentándose en torno del sillón donde su padre descansaba y oía sus proposiciones, contrayendo su boca sin dientes, y fijando en ellos sus ojos astutos de campesino.

El hijo mayor fué el encargado de decírselo, y se lo dijo claro, con rudeza no desprovista de cariño y de lealtad.

—¡Padre, usted está inútil!... ¡La vida que lleva no le sienta bien! Es preciso que descansa usted y que busque la manera de encargar á otro de sus negocios.

—¡A otro! ¿Y á quién?—repuso el viejo—¿A un extraño?

—Eso, de ningún modo—contestaron los hijos á coro.

—Entonces, ¿á quién? ¿A uno de vosotros? ¿Queréis vosotros tres que se encargue Antonio de las fincas?

Los preguntados arrojaron sobre el presunto favorecido una mirada de rencor y desconfianza. ¡Encargarse Antonio de todo! Para aprovecharse de ello; para quedarse con lo mejor. De ningún modo. Preferirían á un cualquiera.

Leíase esto con tanta claridad en sus ojos, en las frases irónicas y sutiles con que contestaron á la pre-

gunta de su padre, que el viejo les dijo sonriendo con sonrisa entre burlona y triste:

—Ya veo que eso no os conviene. Lo presumía. No os niego tampoco que estoy malo y que el cultivo de las tierras no anda tan bien como años atrás. ¡Qué remedio!... Tendremos paciencia. Yo haré lo que me sea posible.

—No, padre. Usted necesita descanso. Se lo ha dicho el médico y se lo repetimos nosotros.

—Pues vosotros diréis cómo se arregla.

—Mire usted: cómo medio, hay uno.

—¿Cuál?

—Cédanos usted las tierras, repártalas entre nosotros á su gusto; de ese modo nos evitaremos pleitear por las particiones cuando se muera usted; nosotros cuidaremos cada uno de su parte como usted mismo, y usted descansa, viviendo al lado de sus hijos, del que usted desee, porque todos le queremos bien, y nos desviviremos por complacerle.

—Vamos—dijo el tío Roque con voz nerviosa,—queréis heredarme en vida.

—¿Nosotros?...

—¡Sí, no me enfado! Es natural que penséis en ello; pero oidme:

«Cuando vosotros érais muy pequeños cogí yo en el alero de ese tejado un nido de gorriones; me los llevé á casa, los puse en una jaula y la dejé encima de la

ventana. Los padres, que habían venido detrás de sus hijos, empezaron á dar vueltas en rededor de aquella cárcel y á piar dolorosamente. Por fin uno de ellos echó á volar, volvió á poco rato con un grano de trigo en el pico, entró en la jaula, dió de comer á una de las crías, y mientras él practicaba la operación, se fué el otro gorrión y volvió también cargado de trigo...; en fin, que los dos padres mantuvieron á los pajarillos, ni más ni menos que cuando estaban en el alero del tejado.

»Crecieron las crías y echaron alas; ya revoloteaban dentro de la jaula; los padres seguían alimentándolos; cuando estuvieron los pequeños en disposición de volar por su cuenta, puse yo unos espartos con liga delante de la jaula; hice prisioneros á los padres y dí libertad á los hijos. A los padres los encerré, ¿y sabéis vosotros lo que pasó?—dijo el tío Roque con acento burlón y duro.—Que los padres se murieron de hambre; porque ninguno de los hijos se ocupó en darles de comer.

—¿Y qué quiere usted decir con eso?—exclamó el mayor de los hijos.

—¡Qué! Que no despedazaré mi tierra querida por vosotros; que os vayáis á vuestra casa y me dejéis en la mía. Que no me quiero encerrar en la jaula.

Y el tío Roque, riendo á carcajadas, se metió en su cuarto.

EL LEÓN DE BRONCE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

El león de bronce.

Aquello fué horrible; te aseguro que fué horrible. Bien castigado estoy; como no pueden imaginarlo los jueces que me condenaron, los alguaciles que me condujeron á la cárcel y el carcelero que me guarda. Si ellos supieran mi secreto, me dejarían en libertad... ¡Mi secreto! No lo saben; ¡no lo sabrán nunca! ¿Para qué?... A tí quiero revelártelo, á fin de que me compadezcas, de que me consueles, de que conozcas mi desventura... ¡Sufro tanto!... Oye, y no me tomes por un loco. Te juro que es verdad. Si el pecho fuera transparente; si en el sitio donde late mi corazón se abriese una ventana y te asomases á mirar por ella, lo verías con tus propios ojos... ¿Qué verías?... Vas á saberlo: á saberlo tú sólo. Escucha la historia de mi martirio, y luego calla; ¡calla siempre! no se la reveles á nadie.

*
*
*

No sé explicarte cómo se aposentó en mi cráneo idea tan ruin; pero es lo cierto que no pensaba en otra

cosa. Al igual de esas plantas que nacen entre las grietas de los muros ruinosos, y siendo al principio imperceptible mancha verde, se extienden pronto y crecen y se desarrollan y trepan por el muro adelante é invaden á su victima de granito, esta idea brotó en mi cerebro indeterminada, confusa, inconsistente: su primera aparición fué tan rápida, que apenas si me di cuenta de ella; no hice caso; imaginé que se había ido para no volver nunca; pero aquella idea tenia la condición de los traidores: acechaba en la sombra, y echó raíces y comenzó á extenderse con sigilo; y trepó por todos los filamentos de mi máquina de pensar; y ocupó las celdillas microscópicas donde gestan los decretos de la voluntad y las determinaciones del juicio, y un día se levantó delante de mí, despótica, absorbente, única. Era su esclavo; no tenia más remedio que obedecerla.

Así viví mucho tiempo, mucho; solo con mi pobreza, con mis ambiciones, con mis ansias de placer, de fortuna y de poderío... Es decir, solo no; con ella, con la maldita idea, causa de mi perdición y de mi desgracia.

Mil veces, cruzando el estrecho recinto de mi habitación, entablaba esos diálogos en que la personalidad se duplica; en que el hombre se dobla para preguntarse y responderse. Ya conoces estos diálogos de uno solo, durante los cuales el bien discurre como un justo y el mal argumenta como un sofista.

—Soy joven—decía uno de mis Yo,—y mi juventud se pierde entre los girones de mi traje. Las mujeres no me miran; los hombres me desprecian; mis ambiciones se agostan; mis anhelos de placer no se cumplen. Si yo fuera rico, inmensamente rico, tendría cuanto mi deseo apetece. ¡Y esto es imposible!

—¿Imposible? ¿Por qué?—le contestaba mi otro Yo. —Porque no quieres. Con despreocupación y con audacia se alcanza todo.—¿Qué dices?—La verdad; no es esta la primera vez que la escuchas, ni tampoco es la primera vez que te indico el modo de conseguir lo que ambicionas.—¿Robando al viejo?—Sí. Vive en el piso tercero de esta casa: su ventana cae debajo de la tuya; es un avaro que posee mucho oro: está solo y es débil. ¿Por qué no lo intentas?—Porque no quiero cometer un crimen. Además, el avaro defendería su arca; está allí, no se aparta de ella: es un obstáculo viviente. ¿Cómo voy á vencer ese obstáculo?—Como se vencen todos los obstáculos en el mundo: suprimiéndolos. —¿No contento con proponerme un robo, me propones un asesinato!... ¡Calla! ¡calla!... Eres un infame.— ¡Infame, porque te propongo matar á un avaro caduco que ha hecho su fortuna con la desgracia de sus prójimos? El viejo posee un caudal enorme que de nada le sirve y á nadie aprovecha; está execrado por los hombres y maldito de Dios; de nada goza y todos le aborrecen; yo trato de que seas dueño de ese tesoro;

tú eres joven, vigoroso, inteligente, audaz; puedes utilizarlo en ventaja propia y acaso en beneficio de tus semejantes... ¿Soy infame por eso?... No sé si seré infame; pero tú eres cobarde é imbécil.—¿Y la ley?—La ley se ha escrito para que los tontos la sufran y la eviten los hábiles.—Repito que calles.—Y yo repito que no quiero callar.

Ahí tienes lo que hablaban ellos á todas horas; ahí tienes cómo la maldita idea de matar al viejo se fué apoderando de mí; ahí tienes cómo una noche decidí matarlo y preparé el crimen.

Mi plan era sencillo. El avaro—te lo he dicho antes—vivía solo, y para evitar el calor del verano, dejaba entreabierta la ventana de su alcoba todas las noches.

Aquella ventana estaba debajo de la mía; una cuerda me era suficiente para realizar mi propósito. Descender por la cuerda, penetrar en la alcoba del viejo, sorprenderle dormido, acercarme á él y herirle con uno de esos golpes que no cedén puesto á la defensa ni ocasión al grito, un golpe en el pecho ó en la garganta, era obra de instantes; luego atrancaría la ventana, abriría el arca, y una vez dueño del dinero, saldría por la puerta de la escalera, la cerraría con doble llave, subiría á mi cuarto, y á ocultar mi tesoro, á engañar á la gente, á despistar á la justicia, á ser feliz. ¿Quién iba á saberlo?... No cabía duda. Estaba en lo firme el Yo que me aconsejaba el asesinato del viejo;

el otro, el que lo tachaba de crimen, era un mentecato, un pusilánime... un pobre hombre.

*
*
*

Al fin vino la noche, y pasaron horas y dieron las dos en un reloj de la vecindad; todos dormían en la casa; el patio estaba obscuro, ¡muy obscuro! Mejor; así no podría verme nadie; ni yo mismo... Únicamente la vidriera de la ventana del avaro reflejaba los resplandores de una lamparilla que éste dejaba encendida antes de acostarse. Era su único despilfarro. Debía tener miedo á la sombra. Estar en las tinieblas es estar á solas con el remordimiento.

Amarré una cuerda de nudos al alféizar de mi ventana y la dejé caer con mucho cuidado, poco á poco, para que no hiciese ningún ruido; luego cogí del cajón de la mesa un puñal de hoja firme y cortante, cuyos brazos remedaban una media luna invertida y adornada en uno de sus extremos por un leoncillo de bronce; me descalcé; subí al antepecho de madera; me puse á horcajadas en él; afiancé la cuerda, y empecé á bajar despacio, muy despacio, apoyándome en la pared con mis pies desnudos y en la cuerda con mis manos temblorosas; hubo un instante en que, presa de horrible alucinación, creí que la cuerda se convertía en el cordel de una horca y buscaba mi cuello para estrangularlo... Aquello pasó pronto; me apoyé en la ventana del avaro, entreabri sigilosamente la vidriera; penetré

por el hueco luminoso que aparecía delante de mis ojos, y entré en la habitación. Estaba enfrente de mi víctima.

El avaro dormía con la cabeza caída hacia atrás y el busto fuera de la sábana. No he visto imagen más repugnante que la suya; su cara huesosa, lívida, estaba cubierta de arrugas, que se desprendían de su cráneo calvo y amarillento, para extenderse por sus párpados, por sus mejillas, por su nariz estrecha y larga, nariz que, encorvándose en el centro de su trayectoria y cayendo sobre los labios del avaro, parecía un candado de carne construido por la Naturaleza para cerrar los secretos de su boca sumida, falta de dientes y desprovista de expresión. Un ronquido fatigoso se escapaba por aquella boca... Dí algunos pasos y llegué junto a la cama; alcé el puñal y dejándolo caer con fuerza, lo envainé hasta el mango en el cuello del viejo. Este abrió los ojos, me miró con más asombro que dolor, hizo una mueca horrible, y quedó inmóvil, con los labios contraídos y las pupilas desmesuradamente abiertas. Un chorro tibio y pegajoso salpicó mis dedos. Era su sangre... Había suprimido el obstáculo.

Lo que faltaba hacer no ofrecía peligro; pero necesitaba darme prisa. Extendí el brazo para apoderarme de las llaves que el viejo tenía ocultas debajo de la almohada, y tropecé con ellas... Por fin iba á ser rico, feliz, ¡qué ventura!...

En aquel momento sentí un dolor agudo en la mano con que sujetaba el arma cubierta de sangre. Miré y ví una cosa horrible. El león que adornaba el mango de mi puñal se había erguido sobre la reluciente media luna. Erizada la melena de bronce, amenazadores los ojos y entreabiertas las fauces, me contemplaba con encono y hundía sus garras en mis dedos.

No te sonrias... no me contemples con la lástima compasiva con que se contempla á los locos. No fué un delirio: te juro que es verdad; el león estaba vivo, desgarrando mis músculos con sus uñas de hierro: dispuesto á hundir sus dientes en mi carne... abrí la mano; el puñal cayó sobre el suelo desnudo, produciendo un ruido estridente y metálico, y la fiera, apartándose de la empuñadura donde estaba soldada, se dirigió hacia mí lanzando rugidos espantosos.

El miedo horrible que me invadía fué causa de que no prorrumiese en un grito de espanto. Ya no pensaba en el tesoro del avaro; pensaba en huir, en huir cuanto antes, y traté de hacerlo y dí un paso hacia la ventana; pero el león, abalanzándose hacia mis piernas con fuerza inconcebible en un ser de tan diminutas proporciones, y tirando de mí, que inútilmente trataba de estorbar su propósito, me fué acercando á la cama del viejo y me puso delante de él, haciéndome clavar los ojos en la ancha herida, por donde brotaba un hilo de sangre...

Yo no quería ver aquello, y traté de alejarme... Todo inútil... La fiera, apoyándose en el cuerpo del viejo y atarazando mi pecho con sus garras de bronce, me sujetaba allí... No podía escapar. Para conseguirlo era preciso exterminar á mi adversario... Y ciego de ira, de terror, ganoso de herir, necesitado de salvarme, me abalancé al puñal que brillaba en el suelo, lo empuñé con mano agitada y convulsa, caí sobre mi enemigo, que me miraba en actitud de reto desde el cuerpo inmóvil del avaro, y empezó la lucha.

Lucha espantosa, sobrenatural, indescriptible. La fiera se arrojaba á mi garganta, á mi pecho, á mis brazos; mordía en ellos, destrozándolos con furor, y cuando yo trataba de hacerla esquivaba mis golpes, saltando de costado, embistiendo de frente, replegándose diestramente hacia atrás; yo esgrimía el arma, la dejaba caer una vez y otra; pero el arma no encontraba su cuerpo; iba á hundirse en el del avaro, produciéndole nuevas y sangrientas heridas, y el avaro, inmóvil en su lecho, parecía burlarse de mí con sus ojos mates y con la mueca horrible de su boca desdentada y satánica.

Sentí que me iban faltando las fuerzas, el sudor brotaba de mi frente en gotas anchas y abrasadoras, mis músculos se aflojaban por el cansancio de la lucha... Era preciso terminar de una vez. Recogí mis fuerzas; apreté con ira el mango del puñal, y encajados los

dientes, contraídas las pupilas y anhelante la respiración, desplomé mi brazo sobre la fiera.

El golpe fué certero; había tocado al león; pero el puñal, resbalando sobre aquel organismo de bronce con chirrido angustioso, no consiguió herirle; no lo conseguiría nunca... La lucha era inútil; mi enemigo inmortal; mi perdición cierta. Cuando vencido por el miedo retrocedí dos pasos y abrí la boca con angustia, ocurrió una cosa horrible. El león dió un salto formidable y entró en mi boca, y se deslizó por mi garganta abajo, desgarrándola con sus uñas.

La fiera estaba dentro de mí; yo la sentía romper mis carnes, arañar mis huesos y seguir su camino; estuve á punto de desvanecerme. Luego experimenté un dolor más agudo, más hondo; la fiera había llegado á mi pecho y me mordía en el corazón.

¡Y aquí está en mi corazón, nutriéndose de cada uno de sus latidos, verdugo de mi vida; del que no podrá librarme nadie, ni la muerte; porque como la fiera vive dentro de mi alma, y el alma es inmortal, irá con ella á todas partes!

Ahí tienes mi secreto... secreto horrible. Ese es mi castigo, no el que me impusieron los jueces: la fiera mordiéndome en el corazón y el avaro delante de mí, con el cuerpo lleno de sangre, la boca contraída y los ojos desmesuradamente abiertos.

LA DESDICHA DE JUAN

La desdicha de Juan.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, el cabello fosco, erizada la barba y los ojos brillantes, paseaba Juan por el jardín del manicomio, y en él divertía las horas, sin que un recuerdo del pasado viniese á conmover su memoria, sin que una ráfaga de razón ventilase la desconcertada máquina de su cerebro.

¿Cómo se volvió loco? ¿Por qué causa?... Nadie lo supo. Una tarde, aquel obrero que sabía leer y escribir, que ganaba ocho reales diarios la mitad del año, y se moría de hambre la otra mitad, teniendo delante de su miseria dos hijos pequeño; y dentro de su corazón la imagen de una pobre muerta que le quiso con toda su alma; una tarde, aquel hombre salió á la calle alegre, satisfecho, tan orgulloso de sus harapos como un príncipe de su corona, y dijo á cuantos se tomaron la molestia de oírle, que era grande, omnipotente, igual á Dios; que disponía á su antojo de todas las riquezas humanas; que á un gesto, á una orden suya, modificaríanse en absoluto las leyes por que se rige el

Universo, y que le bastaba extender un dedo para que la tierra cambiase de forma, de esencia y de substancia.

—¡Pedid cuanto se os antoje, os lo otorgo!—dijo á los vecinos que le escuchaban.—Pedid; esta es la hora de las mercedes.

Los vecinos, al oír semejantes palabras en boca de un hombre que no tenía sobre qué caerse muerto, creyeron que estaba ebrio, le acompañaron con un coro de burlas y dicharachos epigramáticos hasta la puerta de su buhardilla, y le dejaron solo, pensando, colectiva y separadamente, que el pobre Juan renunciaría á su omnipotencia en cuanto roncara la *mona*.

Pero al otro día Juan bajó al patio de la casa, no como trabajador hambriento que desciende de su cuchitril encorvando los hombros en actitud de bestia, resignada á sufrir la carga que le echan encima; no como borracho que despierta y guiña los ojos para acostumbrarse á la luz; y desentumece su lengua con chasquido ronco, y se pasa la mano por la frente para alejar de ella la neblina embrutecedora del alcohol; bajó como pudiera hacerlo Dios de la altura en un rapto de benevolencia caprichosa; sereno, impassible, majestuoso, mirando á la gente con desdén compasivo y escuchando sus frases con gesto protector y solemne...

—Pedid lo que queráis—volvió á decir á sus vecinos.—Estoy dispuesto á complacerlos. Dichas, alegrías,

riquezas, todo me pertenece. ¡Mortales, aprovecháos de este rato de buen humor!

Uno de los que le oían no pudo contenerse, y soltó el trapo en las propias narices de Juan.

—¡Qué, miserable!—gritó el obrero.—¿Te atreves á dudar de mí? ¡Voy á deshacerte, á convertirme en polvo, para escarmiento de incrédulos y deslenguados!

Y descargando sobre su burlador el puño que había levantado contra él, no le deshizo, pero le hizo en la frente un chichón del tamaño de un huevo.

Arremolináronse todos contra Juan, se armó un escándalo mayúsculo; vino la pareja; llevaron al obrero á la prevención; acudió un médico y declaró que Juan estaba loco de remate; en vista de lo cual, y previos los trámites de ordenanza, metieron al loco en un manicomio y á los hijos del loco en un asilo de Beneficencia.

* * *

Cuatro años vivió Juan en el manicomio esa vida ficticia de la locura, en que cada enajenado construye un mundo aparte para su uso particular, y dentro de ese mundo se agita, y circula, y discurre, y padece, y goza, sufriendo impresiones que no vienen de fuera, sino que brotan de su fantasía desequilibrada. ¡Ah! ¡Si los cuerdos pudiéramos vivir en los mundos que fingiera nuestra imaginación, todos los hombres serian dichosos!

En el mundo forjado á martillazos calenturientos por su razón enferma, vivía el loco hecho un representante del Olimpo, que había recibido de Júpiter facultades discrecionales para hacer y deshacer á su antojo. Bondadoso y caritativo como ser de esencia divina, trataba á sus compañeros de cautiverio con afecto no desprovisto de majestad. Algunas veces, cuando se ponía en duda su omnipotencia, la sustentaba á puñetazo limpio, pero eran las menos; por lo general se encogía de hombros y despreciaba á los incrédulos y á los envidiosos.

Superior al resto de la humanidad por decreto de su locura; bien alimentado; no mal vestido; con un jardín para pasearse y un mundo para manejarlo á su capricho; pasó muy agradablemente Juan aquellos cuatro años.

Al finalizar el último de ellos, entró en la casa un médico joven, gran conocedor de las enfermedades mentales, y dispuesto á consagrar todas las energías de su juventud y todos los recursos de su ciencia á los infelices dementes.

Vió á Juan, observóle por espacio de quince días, y declaró, primero á sí mismo y luego á sus colegas, que el loco tenía cura, y que iba á curarle.

El médico no se equivocaba; la ciencia acertó por su boca, y un día Juan se halló cuerdo y en presencia del sabio que le había devuelto el juicio.

—Ya estás bueno—le dijo éste;—vuelves á ser hombre.

—¡Ay, señor!—repuso el obrero.—¡Cómo podré pagar este beneficio! ¡Cuatro años loco, sin poder atender al sustento de mis pobres hijos!... ¡Qué habrá sido de ellos!... Estoy seguro de encontrarlos; pero ¡cuánto habrán sufrido en su abandono!

—Tranquilízate; tus hijos están buenos, en un asilo, donde nada les falta, ni pan para su estómago, ni instrucción para su entendimiento.

—¿De verás?—exclamó Juan con los ojos llenos de lágrimas.—¡Dios es bueno y justo! Esa noticia que me da usted paga todos los tormentos que haya podido yo pasar en esta casa.

—¿Tormentos? No. Se te ha cuidado y se te ha atendido; mejores alimentos son los de aquí que los que soléis devorar los obreros á cambio de vuestro sudor. Mira tu ropa; es modesta, pero decente y limpia. Aquí se trata á los locos muy bien.

—Ya lo veo, señor—repuso Juan,—ya lo veo. No hablaba de eso, sino de mi locura, que debe haber sido terrible; pensamientos negros, sueños angustiosos, despertares siniestros, imágenes sombrías; acaso la de mi pobre mujer muerta y siempre delante de mis ojos; la de mis pasadas miserias... Ha debido ser espantoso, ¿verdad?

—¡Qué estás diciendo, hombre! Tu locura era, afor-

tunadamente para tí, de las más risueñas. Te creías grande, rico, omnipotente, feliz; te pasabas la vida repartiendo gracias á todo el mundo.

— ¡Qué dice usted! — repuso Juan palideciendo. — Yo era todo eso... ¡Yo!

— Todo, y de todo ello disfrutabas; porque lo que era un delirio para los otros, era la verdad para tí.

— Y ahora...

— Ahora tienes la presea más valiosa del ser humano: la razón. Estás libre; sal del manicomio y recoge á tus hijos, que estando tú bueno, no pueden continuar en el asilo, y á trabajar; yo sólo quiero una recompensa por lo que he hecho: tu gratitud.

Juan miraba al médico de hito en hito; en esa actitud solemne y silenciosa del hombre que recoge su pensamiento y sus ideas para juzgar de algo extraordinario y definitivo.

De pronto se levantó de la silla que ocupaba, avanzó dos pasos, y exclamó con acento sombrío y duro:

— ¡Gratitud! ¡Que yo debo á usted gratitud!... ¿Y por qué?

— Porque te he devuelto la razón.

— ¡La razón! ¿Y para qué la quiero? ¿Qué es lo que me devuelve usted con ella! Antes, loco, usted me lo ha dicho, era feliz, nada me faltaba. Mis hijos, seguros de alma y cuerpo; yo, bien trajeado, bien nutrido, siendo grande, omnipotente, infalible, más poderoso

que ningún hombre y casi igual á Dios; sin recuerdos tristes ni realidades crueles. ¡La felicidad!

— Sin la razón que yo te doy...

— ¡Pero qué me ha dado usted? — siguió diciendo el obrero, con febril elocuencia. — Mis hijos, para que los vea morir de hambre y de ignorancia; para que se me parta el corazón cuando no pueda ofrecerles un mendrugo de pan; un jornal insuficiente para mi vida; meses enteros sin trabajo; días de miseria, los harapos por vestidura, la bohardilla por casa, el hospital por lecho, y la esperanza en la muerte por descanso. Eso es lo que me da usted con la razón.

» ¡Y aún quiere que se lo agradezca! ¡Lo que usted ha hecho es una infamia!... ¿Qué le he hecho yo á usted para que me cause tanto daño?

» No gratitud, odio es lo que usted me inspira.»

Los ojos de Juan relampaguearon con ira; sus pupilas, que reflejaban la desesperación y la ira, giraron en todas direcciones.

Sobre una mesa vió algo brillante: un instrumento que le era desconocido, pero que tenía punta y corte, que podía servirle para herir; para vengarse de aquel hombre, autor inconsciente, pero autor al fin, de su desgracia.

Juan se precipitó sobre el instrumento, y empuñándolo con fuerza, se dirigió hacia el médico, á tiempo que éste pedía socorro, y dos loqueros, arrojándose